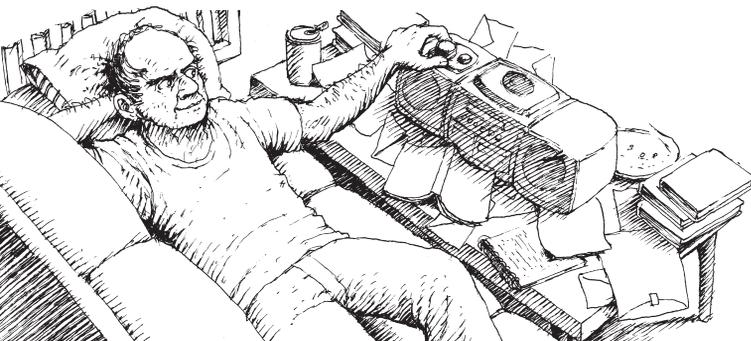


# Introducción

«Sí, hubo muchos días buenos...» Así comienza una de las últimas y mejores obras de esa única e irremplazable voz americana, el sin duda esplendoroso Harvey Pekar. Se trata de una afirmación más bien generosa por parte de un hombre nunca conocido por su alegría, un comienzo que da por leídos los días malos y está impaciente por pasar página y hablar de los buenos, de las cosas más queridas, de Cleveland.

Harvey Pekar fue y es uno de los mejores escritores que hayan honrado el mundo del cómic, algo que su público suele ignorar como consecuencia, tal vez, de que el Harvey tremendo personaje pudiera haber ensombrecido al Harvey ferozmente original y autor consumado. Su obra, que jamás trató con la ficción, evita de un modo estudiado cualquier clase de recurso narrativo o de truco propio de las historias con final inesperado que tienden a desviar la atención hacia el escritor, en lugar de centrarla en lo que se cuenta. De ello resulta a veces que el puro oficio y el ingenio de la obra de Harvey pasen desapercibidos entre los lectores menos predispuestos a esperar o a percibir sus sutilezas.

En efecto, en todo el inmenso cuerpo de su obra, Harvey se cuida de no mostrar la mano del escritor y de poner el énfasis en sus aguzados oído y vista. Ahí está precisamente su genio: no elabora barrocas aventuras, sino que se limita a dar testimonio de la maravillosa abundancia de asombrosos fenómenos que lo rodean en su sencilla vida de hombre llano. Ya sea la musicalidad del comentario casual de un compañero de trabajo, o el lirismo de una transacción cotidiana, Harvey los capta y escribe para que cualquiera pueda descubrir esas percepciones fugitivas. Su mundo suele estar empobrecido, y sin embargo es tan rico en observaciones que no requiere ficción alguna, hasta el punto de que inventarse algo sería prácticamente un insulto a la asombrosa exuberancia de una existencia prosaica. Cada viñeta celebra el valor que tiene ser quienes somos en nuestro tiempo y lugar, el valor de nuestras vidas individuales, de nuestra época y de los envejecidos y legendarios lugares en los que vivimos.



En el caso de Harvey, el lugar es Cleveland. De un modo preciso, Harvey trata los dramas, triunfos y agitaciones de la gente como propiedades emergentes del paisaje, del mismo modo que trata las calles y ciudades que nos rodean como extensiones de nosotros mismos. Ni un individuo ni un lugar pueden comprenderse sin considerarse al uno en el contexto del otro. Cleveland forma parte de Harvey Pekar, de igual modo que Harvey y su historia, junto con la de John D. Rockefeller, Eliot Ness y otros intocables ilustres, forman parte de la narrativa de Cleveland, siendo el hombre y su entorno una y la misma cosa. *Cleveland* de Harvey Pekar es, en mi opinión, la más hermosa expresión de esta intrincada e íntima relación, un elogio de una ciudad perdida y de una cada vez más perdida clase social.

En la manera lúcida e imparcial como Harvey entreteje la reveladora historia geopolítica de su ciudad con la de su familia de inmigrantes y con su pasado, ha de verse un esencial documento norteamericano. Esta última obra, que contiene todo cuanto Harvey se proponía con su escritura en su forma más lograda, constituye el perfecto fin de fiesta, el mejor acorde final. Además, por un benevolente y bienvenido azar, esta última, y, podría decirse, mejor ofrenda de Harvey ha sido agraciada por el arte impecable y conmovedor de Joseph Remnant, quien tal vez sea, en mi opinión, el más sensible de la estelar lista de colaboradores de Harvey. Las representaciones, muy bien documentadas, de un mundo que se desvanece, y las encantadoras evocaciones de su atmósfera, proporcionan el complemento ideal al tono áspero y al mismo tiempo cálido del autor, y el entendimiento entre ambos no se interrumpe nunca en esta magnífica y majestuosa culminación de la vida, la carrera y la sincera pasión por su ciudad de un escritor.

Sí, hubo muchos días buenos para Harvey, y también para Cleveland. En las páginas de este libro encontrarán, de entre todos, los frutos más dulces y los más amargos.

Alan Moore

Northampton

(antiguamente, una próspera ciudad de un próspero país)

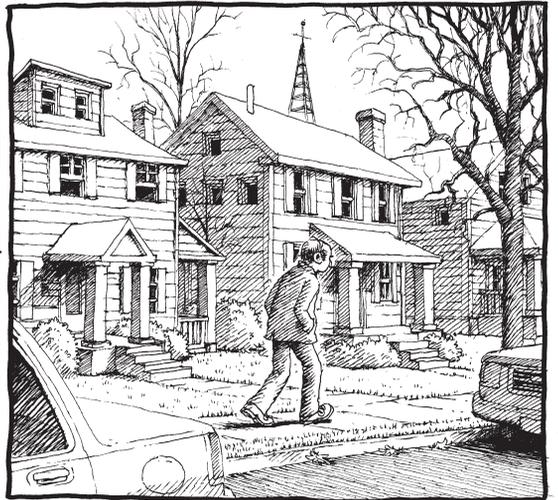
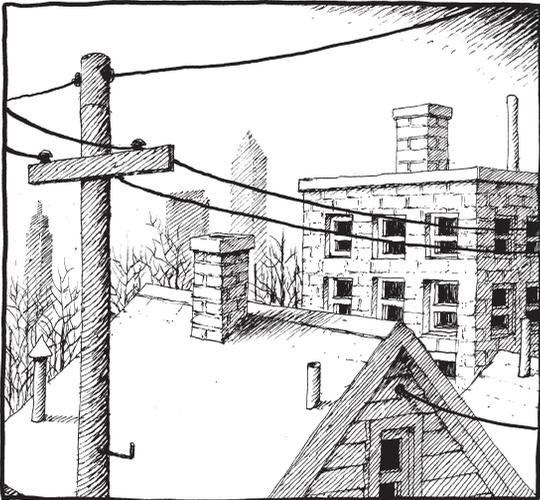
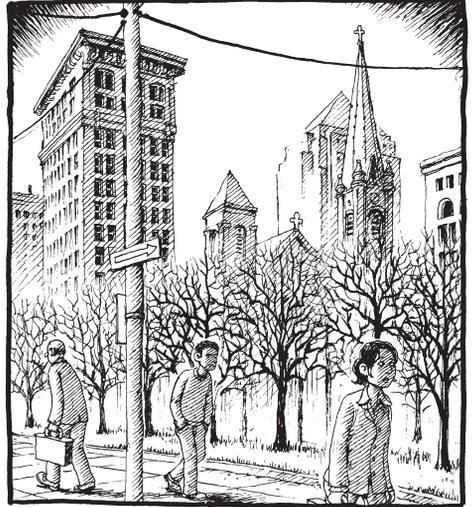
7 de agosto de 2011

**HARVEY PEKAR**  
**CLEVELAND**

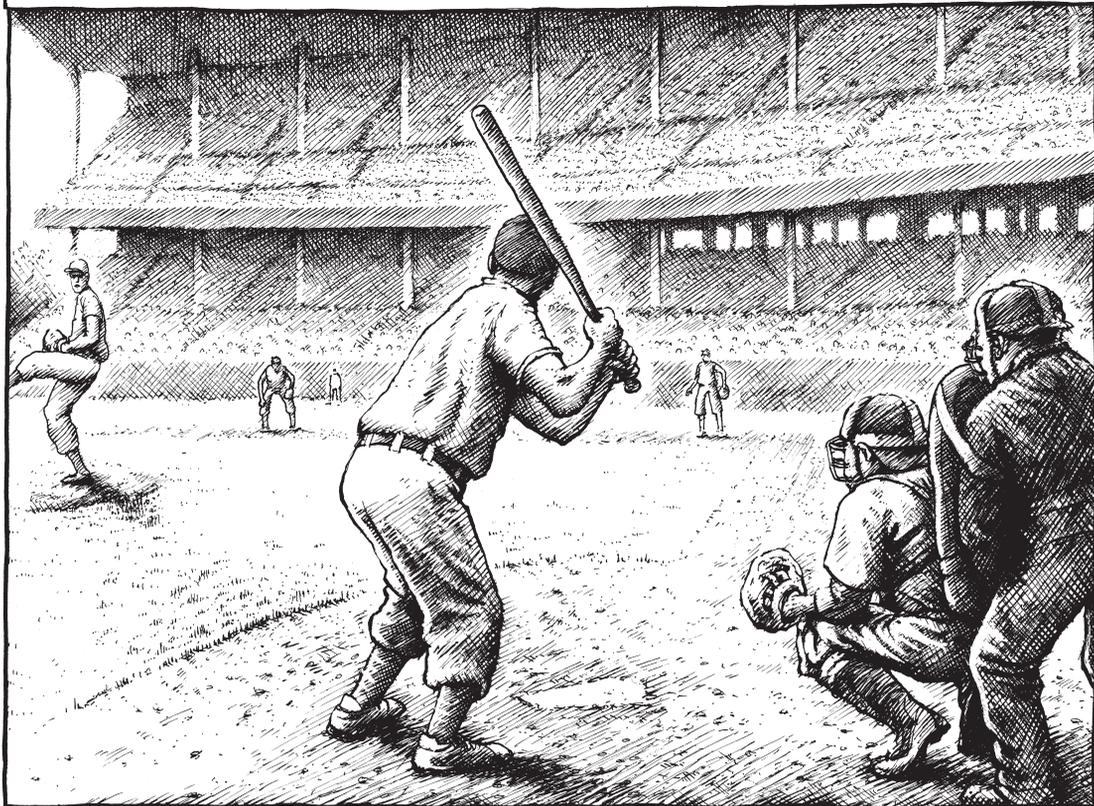
ESCRITO POR  
**HARVEY PEKAR**

ILUSTRADO POR  
**JOSEPH REMNANT**

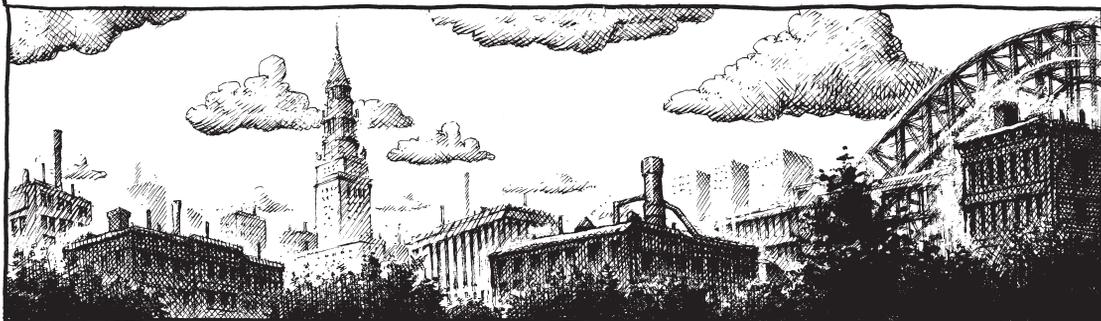




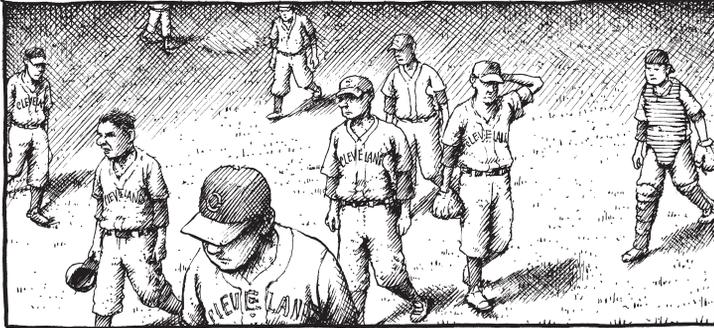
Pero si me preguntan cuál fue el mejor, el primero que me viene a la cabeza es aquel en que escuché por la megafonía del colegio cómo los Cleveland Indians rubricaban una victoria contra los Boston Braves (más tarde Milwaukee Braves, y luego Atlanta Braves) que los haría ganadores de la Serie Mundial de 1948.



Para cuando llegué a cuarto de primaria ya había escuchado mucha propaganda pro-Cleveland. Me parecía bien que Cleveland tuviera una buena orquesta sinfónica, una enorme biblioteca pública, que uno de los edificios más altos del mundo (la Terminal Tower) estuviera allí, que el país entero envidiara nuestro sistema de parques públicos, y que tuviera una de las mayores industrias manufactureras de EEUU.



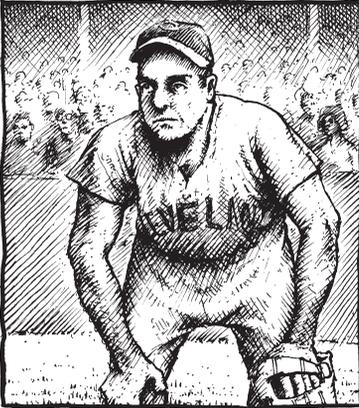
Pero a mí lo que me interesaba era el deporte. Consulté el libro de registros y descubrí que Cleveland había ganado por última vez la Serie Mundial en 1920, y normalmente terminaba en la mitad o en la parte baja de la Liga Americana. Nadie esperaba que alcanzaran la Serie Mundial. En la liga del 47 acabaron cuartos.



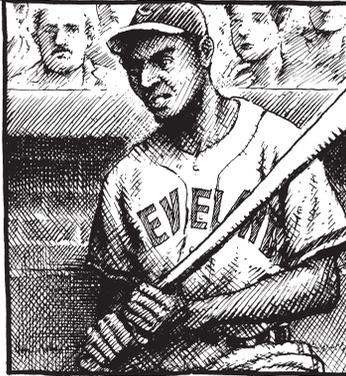
La clave de ese equipo fueron ciertos jugadores jóvenes. Estaba Gene Bearden, lanzador novato, un héroe de guerra, que obtuvo un registro de 20-7.



En la posición de jardinero estaba Dale Mitchell, jugador en su segundo año, que hizo 335 hits.



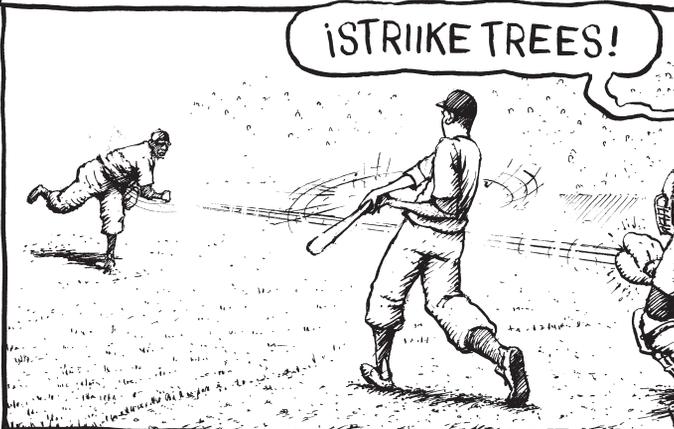
Y Larry Doby, el primer jugador negro de la liga Americana en 1947, que en el 48 hizo 301 hits.



Estaba Satchel Paige, el legendario lanzador de la Liga Negra. Los periódicos hicieron correr mucha tinta con el tema de su edad. Algunos decían que rozaba los 40, otros que tenía 70.



En 1948, Paige promedió 6-1, lo que fue de gran ayuda para el equipo, no una simple anécdota.



También estaba el elegante Lou Boudreau, jugador entrenador. No ha habido muchos jugadores entrenadores en ningún deporte. Lou, un espectacular parador en corto, hizo 355 hits aquella temporada, la mejor de su carrera, solo superado por el gran Ted Williams.



Los veteranos de los Indians también estuvieron a la altura. Joe Gordon, segunda base, hizo 280 hits y 32 home runs.



Kenny Keltner, tercera base, hizo 297 hits y 31 home runs.



Los Indians acabaron el campeonato de la Liga Americana empatados con los Boston Red Sox. En los play-offs, Cleveland ganó 8 a 3; Boudreau hizo 4 de 4 con 2 home runs, y Bearden fue el lanzador ganador.



Para mí, ganar la Serie Mundial fue ponerle la guinda al pastel. El equipo de fútbol americano de los Cleveland Browns ganaba los campeonatos uno tras otro.



Los Barons, un equipo de hockey de una liga menor, también solían estar en lo más alto. Pero ¿el campeonato de béisbol?! Nunca pensé que lo vería.



Recuerdo a los Indians por delante en la Serie con tres partidos a dos, y con una ventaja de 4 a 1 en el último partido.



Y entonces los lanzamientos empezaron a flojear. Aunque poco importó, porque salió Gene Bearden y aseguró la victoria 4 a 3. Creedme si os digo que aquel día toda Cleveland enloqueció, empezando por mi clase de cuarto.

